













# EMAÚS

*La cena en Emaús* · Michelangelo Merisi da Caravaggio · Pintado en 1601

Pintado en el apogeo de la fama de Caravaggio, este es uno de sus cuadros religiosos domésticos más impresionantes y quizás el más famoso. Se le encargó en 1601 y ahora cuelga en la Galería Nacional. Caravaggio captura el clímax dramático de la historia, el momento de la revelación cuando los discípulos ven de repente lo que ha estado frente a ellos todo el tiempo. Sus acciones transmiten su asombro: uno está a punto de saltar de su silla, con el codo sobresaliendo hacia nosotros, mientras que el otro lanza los brazos en un gesto de incredulidad. Típicamente de Caravaggio, él muestra a los discípulos como trabajadores ordinarios, con barbas y rostros arrugados y ropas harapientas, en contraste con el Cristo joven y sin barba que, con sus cabellos sueltos y su rica túnica roja, parece literalmente haber venido de un mundo diferente.

Aunque la imagen parece capturar un momento fugaz, está cuidadosamente escenificada. El artista utiliza contrastes de luces y sombras para realzar el dramatismo. Una fuerte luz de la izquierda cae sobre los rostros de Cristo y del discípulo de la derecha. Proyecta una sombra sobre la pared en blanco detrás de Cristo, casi como un halo inverso, e ilumina la mano que el discípulo tiende hacia el espectador.

La estructura geométrica que subyace a la composición ayuda a guiar nuestra mirada por la imagen. La vista posterior del discípulo de la izquierda, que se cree que es Cleofás, y los brazos extendidos del otro discípulo, actúan como líneas de tranvía que enfocan nuestra atención en el rostro sereno de Cristo. Él y los discípulos forman un triángulo que mira hacia adentro, unidos en el momento de la revelación milagrosa. Impasible, y de pie fuera de él, está el posadero: sus pulgares están metidos en su cinturón y mira inmutable con su rostro en la sombra, lo que implica que aún no ha «visto la luz», una metáfora para la comprensión espiritual. Ve, y sin embargo no percibe. La misma luz ilumina la naturaleza muerta sorprendentemente detallada y realista dispuesta sobre el mantel blanco y fresco: hogazas de pan rústico, un pollo y una canasta de frutas que se balancean peligrosamente en el borde de la mesa.

Una comparación más cercana entre el relato de Lucas y la interpretación de Caravaggio revela una desconexión secuencial y temporal. En el Evangelio, después de tomar el pan, Jesús lo bendice, lo parte y se lo da a los discípulos (Lucas 24:31). Solo después de las cuatro acciones, los discípulos pueden reconocer al Cristo resucitado, después de lo cual Él desaparece inmediatamente (v.32). En la imagen de Caravaggio, las reacciones físicas y abruptas de sorpresa de los discípulos (brazos abiertos, silla empujada hacia atrás, cejas levantadas, cejas fruncidas y miradas embelesadas) sugieren que sus ojos se han abierto. Pero, ¿qué ven que incita esta agitación?

El Cristo imberbe, cuyos rasgos Caravaggio alteró sutilmente con respecto a las representaciones convencionales de la época para dar cuenta de su irreconocibilidad o para honrar la exquisitez de su cuerpo resucitado, levanta las manos en un gesto de bendición sobre el pan intacto ante él. ¿Cómo, entonces, pueden haberlo reconocido ya? El pan se oculta hábilmente detrás del ave asada pintada en la misma paleta, lo que hace que el espectador se esfuerce por distinguir entre el ave, el pan y la mano. Tenemos que tomarnos un momento para distinguir el pan y el vino antes de que se aclare el significado de esta cena. El cuerpo eucarístico, al igual que el cuerpo resucitado, está oculto y, sin embargo, revelado. Juntos, todos estos elementos sirven como una meditación pictórica sobre la dialéctica entre lo visible y lo invisible. Caravaggio nos presenta una escena que es a la vez familiar y sorprendente para que el espectador vea lo que los discípulos acaban de ver (que este es Cristo), pero que también pueda ver por qué podrían haber pasado por alto lo que estaba justo frente a ellos hasta ese momento.

En el cuadro de Caravaggio, el espectador se sitúa en el cuarto lado de la mesa en la que está sentado Cristo con los dos discípulos. La pintura irrumpe en el espacio del espectador con una facilidad sorprendente. La mano derecha de Cristo atrae al espectador hacia adelante. Los brazos extendidos del discípulo de la derecha se extienden al espectador y forman un puente entre él y Cristo. La silla del discípulo de la izquierda se empuja hacia atrás en el espacio del espectador cuando el discípulo se sobresalta. Incluso la canasta de frutas parece estar a punto de caer al suelo. Todas estas cosas atraen al espectador, invitándolo a la mesa de comunión, a estar junto a los discípulos mientras se abren sus ojos.



